

20 ENERO 1922

## Evoluciones

Que el espíritu del pueblo donostiarra ha cambiado radicalmente, nadie que haya vivido más de treinta años puede dudarlo. La psicología del donostiarra ha sufrido una transformación radicalísima, desvaneciendo la figura de aquellos nuestros predecesores que alegraron las angostas calles del antiguo Iruchulo con sus risas de niños grandes, siempre alegres y siempre despreocupados, plenos de ese optimismo que, entre los mismos vascos era privilegio de los donostiarras.

Cuando, al leer las crónicas y anécdotas que nos legaron quienes fueron antes que escritores, hijos de Donostia, recordamos con cierta pena esta transformación que anotamos. No podemos pensar sin pena que la actual generación ha perdido el mejor tesoro del hombre, el humor, la alegría ruidosa que hacía brotar las carcajadas y los "irrantzis", de hombres sesudos, ante una gracia infantil hecha por un "comerciante acreditado", por un alto empleado ó, acaso, por el señor alcalde de la ciudad.

La pequeña ciudad era alegre; la gran ciudad cosmopolita, que alberga á reyes y príncipes se aburre en estas noches oscuras... Y esto es consecuencia de la evolución del donostiarismo. Hoy no hay donostiarras; las generaciones de este siglo se han creado y desarrollado en un ambiente de "sport", de "cine", de "fox-trot" y de "bar", que ha destrozado su personalidad mezclando los residuos con el amasijo de aficiones y gustos extraños hasta formar un ambiente nuevo en el que han desaparecido todas las tradiciones del pueblo.

Se nos dirá qué, á cambio de lo perdido —que no es poco— hemos creado un pueblo nuevo, digno de figurar entre los más favorecidos por el progreso; la cultura y la hospitalidad de San Sebastián gozan de justa fama. Pero nosotros diremos también que no hacia falta sacrificar el carácter donostiarra para gozar de esa fama, que antes ya gozaron nuestros antepasados.

Precisamente en este día de San Sebastián es cuando más resalta la evolución del donostiarismo. Antes, en la tamboorrada tomaban parte gentes de representación, verdaderas personalidades de la ciudad á las que agradaba sobrenaturalmente confundirse con el pueblo en estas fiestas de verdadera democracia. Hoy, en cambio, nos hemos vuelto unos "ostros" (se dice así?) y nos parece hasta ridículo, en algunos casos, que "gente seria" se disfraza para salir por las calles formando parte de comparsas...

Y ésto no es justo; nos atrevemos á decir más: es necesario que la juventud, y aún los viejos que se creen jóvenes, hagan uso de las válvulas de la alegría, que salten y risan fuerte, porque la vida sin alegrías es estúpida, no tiene objeto.

En un libro editado por aquél donostiarra que se llamó Eugenio Gabilondo, persona grave, seria, de verdadero respeto, cualidades que hacia compatibles, dignamente compatibles con el donostiarismo de aquella época feliz, decía, refiriéndose al "Iriyarena", cuyo significado nada, ó casi nada quiere decir ahora:

"El aire vivo y bullicioso conque comienza mezclado de sentimiento y pasión en la segunda parte, es el fiel reflejo del carácter "joshermaritarrá" y se halla, por lo tanto identificado con el hijo de este pueblo sin par."

"El "Iriyarena" es el bálsamo que hace desaparecer el mal humor y la panacea que cura radicalmente las enfermedades de los donostiarras.

"Yo no sé cómo expresar el efecto que en mi ánimo causa esta querida composición, pero si puedo decir que cuando la escucho, de día ó de noche, anunciando la salida de la "socia-mutuura" ó del tradicional "cecenkusko", todo mi ser se estremece de contento, pierdo el apetito (que perder es) y hasta las pilas de

los arcos de la plaza me parecen seres animados".

Aquí se expresaba aquél donostiarra perteneciente á la generación admirable que contribuyó grandemente á la fama de este pueblo que no es el que fué y cuya juventud quiere ser alegre y remeda una t'iste caricatura porque vive en otro ambiente. Pero consolémonos; es el progreso, es la europeización y el americanismo que han

llo que tanta fama le dió en otros tiempos; que buena falta hace para contrarrestar la soez chulapería que tanto abunda por esas calles de Dios.

Al ver que las fiestas para solemnizar el día de aquel santo patrón a quien representan enseñando sus desnudeces, dio también comienzo la serie de bueyes ensogados.

¡Los bueyes!... Aunque esta fiesta ha

lo vendría mal en sus respectivos pueblos.

Convengamos en que el espectáculo es, a la par que divertido, expuesto a lamentables percances; pero, señor: no tenemos por qué calamidad como la del ministro de Hacienda, a quien soporiamo con resignación estoica?

Pues entonces...

Además, escritores como Peña y Goñi, Santa Coloma, Sánchez de Neira, Carmena y Millán y otras autoridades en la materia, han probado hasta la saciedad que el toreo es arte. Y aun cuando no estuviese probado, venderían a demostrar la verdad de este aserto Erricosme, Malapán, el gran Ishquifia, Pedro chiqui y otros maestros que han cursado en las aulas de la Plaza de la Constitución.

He presenciado la lidia de novillos en Tolosa, Azpeitia, Pasajes y otros pueblos de la provincia, pero en ninguno de ellos he visto la animación y el sello especial que caracteriza a nuestras corridas de bueyes.

Quitad al veterano Patricio Bus del dintel de la sidrería de Ugarte mendia, colocado allí un año y otro año, con la chaqueta colgada de los hombres, esperando al miureño para darle un recorte o acariciarle en el morrillo, y a la calle de Iñigo le faltaría algo para que tenga su fisonomía propia.

Despojad a la esquina de Muñoz de aquél nutrido grupo, alegre y bullanguero, que tan pronto jalea con un atronador «emendek!» a la pobre vieja que regresa a casa de oír la misa de once y media, como hace correr a la tímida doncella con vocero y «trallas» que la aturden y marean.

Los que acuden a esta esquina y aguardan ansiosos a que el buceo haga «carretera», son los mismos un año y otro.

Hay fisionomías que vengo contemplando hace más de treinta años ocupando siempre las mismas posiciones, pues el individuo que provoca al bicho a emprender la carrera doblando la esquina de la derecha, se situará siempre en el mismo lado, así como el de la izquierda por donde tiene por costumbre.

De aquí a la «Vaca» la transformación se ha iniciado y pronto será completa.

El nuevo destino dado al antiguo café de Aristizabal, ha echado de aquel nido al grupo de aficionados «sus generis» que se refugiaban en dicho establecimiento, el cual permanecía siempre abierto al paso del bicho, queriendo demostrar con esto que los concurrentes estaban curtidos en las faenas de la lidia. Bien es verdad que contaban casi siempre con la salvadora capa de «Anthon Ishquifia» y la defensa que les ofrecía la vetusta mesa donde entretenía sus ocios al billar lord Wellington a principios de siglo.

Han desaparecido también los que se estacionaban en el portal de la casa «Shermeritor», y aquellos que formaban el numeroso grupo de la «carrera» de «Gací-Guezzako», se han diseminado distribuyéndose en las inmediaciones de la nueva «Vaca», quedando en la sussodada esquina como protesta constante a las modernas innovaciones, mi querido «aguanaro» y entusiasta «erricosme» Juan Aspiazu, quien ni por nada ni por nadie se dejó despojar del derecho de apoyar su voluminosa humanidad sobre el ángulo de la pared, para calarse los quedos y mover los brazos a guisa de aspa de molino, con objeto de que el buceo tome la vuelta de la calle de San Juan.

El abigarrado grupo que concurre a las inmediaciones de la provisional «Vaca», está compuesto de personas de todas edades, clases y categorías, comenzando por un respetable jefe de ingenieros y concluyendo en el bravo pescador del barrio de la Jarana.

Dirase lo que se quiera contra la tradicional costumbre «koshquerá», pero



asfixiado lo que nos era más propio, lo que representaba al pueblo donostiarra, antes alegre y hoy aburrido...

Un "koshkerá".

### “Alde, Alde”!

La popular Sociedad «Unión Artesana» ha llevado a cabo, como otros años, la tradicional «Tamborrada», el «Cecenzusko» y los fuegos artificiales, festejos costeados por los socios, según es costumbre antiquísima en aquella Sociedad de «erriko-shemes».

Ella ha venido a ser por las vicisitudes de los tiempos, el refugio de las tradiciones «joshermaritarras», y en sus salones se reúnen los pocos entusiastas que mantienen en alta estima la bandera simbólica de tantas y tan gloriosas costumbres donostiarra, aguardan a que la nueva generación venga a recoger la herencia, la vigorice y vuelva a rodearla del bri-

tenido siempre y tiene aún sus detractores, éstos son los menos, y —cosa rara!— aun cuando censuran la «bárbara» costumbre, acuden solícitos a presenciar el espectáculo guarecidós en los soportales de la Plaza de la Constitución, a la sombra, por decir así, para gozar con intención poco laudable y caritativa de los tumulos propinados por el cornúpeto o las caídas de latiguillo que proporciona la momona a los distraídos.

Y es de notar aquí la reincidencia extraña de que aquellos que han podido desterrar de su pueblo la bárbara costumbre de correr el «toro del aguardiente», con su inseparable cortejo de muertos y heridos (o que tal vez han simpatizado con tan «suave» diversión y con la no menos suave de ver morir de hambre a los maestros de escuela), son los primeros que alzan la voz e invocan la cultura, sacan a relucir el siglo de las luces y hablan con un puritanismo que